



Jordi
Sierra i Fabra
La conspiración
del coltán

Magda Ventura tiene cuarenta y dos años, es periodista de investigación y ha sobrevivido a un pasado trágico que incluye el asesinato de su novio poco antes de casarse y un atentado con bomba en Afganistán. Ahora habita un presente oscuro, vivido siempre al límite de sus posibilidades.

El día que Sonia, una prostituta de lujo, la llama y le dice que tiene algo muy importante que contarle, Magda no lo duda y va a verla de inmediato, pero llega demasiado tarde, y se la encuentra muerta, en apariencia víctima de una práctica sexual de riesgo: el *shibari*. Magda no se contentará con solamente avisar a su amigo, el inspector Juan Molins, también querrá conocer la verdad por sí misma. Inmersa en el universo del *shibari*, el sexo convertido en arte, y en el mundo de la prostitución, descubrirá los entresijos de una conspiración internacional que puede cambiar el destino de muchas personas y afectar a la economía del país. Un complot a punto de estallar y del que no tiene ninguna prueba.

Este es el primer caso de Magda Ventura, una periodista que se enfrenta a la investigación más importante de su carrera. Ahora más que nunca deberá poner su vida en juego si quiere descubrir la auténtica verdad.

Índice

Lunes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Martes

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

Miércoles

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Jueves

39

40

41

42

43

44

45

Una semana después

46

LUNES

1

El tiempo, allí, parecía congelado.

Como si hubiera estado en ese lugar el día anterior.

Misma silla, misma ventana cortinada, misma luz, mismo marco decorativo, mismo aire, mismo ambiente, mismos muebles, misma psiquiatra, misma sonrisa suave, mismas formas, mismo tacto.

Todo igual.

Y sin embargo habían pasado... ¿Cuánto? ¿Tres meses?

—Tres meses —se lo confirmó Beatriz Puigdomènech leyéndole el pensamiento mientras ojeaba las páginas de su eterno bloc de notas, como si lo tuviera todo anotado en él en lugar de conservarlo en el ordenador.

—¿Ya? —dijo por decir algo.

—Bueno, es bastante tiempo.

—Depende, ¿no?

Al comienzo iba a verla cada semana. Después lo fue espaciando.

Tres meses podían ser tanto una eternidad como un soplo de tiempo.

La mujer le sonrió con dulzura.

—Me alegro de verla.

—Yo no —bromeó sin ganas.

Cuando una iba al médico, no decía «hasta la próxima» o «espero volver pronto». Lo que le gritaba el cuerpo y estallaba en el silencio de la mente era un claro «¡ojalá no vuelva a verte más!».

Con una loquera venía a pasar más o menos lo mismo.

No estaba allí por gusto.

Aunque la doctora Puigdomènech fuera una tía legal.

—¿Cómo ha estado durante este tiempo?

Magda se encogió de hombros.

—Relativamente bien, supongo —respondió.

—¿Trabajo?

—Mucho. El que no sale, me lo busco yo.

—¿Algún problema?

—Los habituales en una profesión estresante como la mía.

—¿Y en estos tres meses...?

—Los normales.

—¿Ataques de ansiedad, pánico...?

—No.

—¿Cómo se siente ahora mismo?

—Difusa —admitió.

—Una curiosa palabra.

—Difusa, extraña, con subidas y bajadas... Ya sabe por qué estoy aquí, ¿no? —Señaló el bloc de notas.

—Se acerca el aniversario —dijo la psiquiatra.

El aniversario.

La gente celebraba los cumpleaños, las bodas de plata u oro, la graduación o la fecha en que se conoció al amor eterno. Por lo menos la gente normal. Los que recordaban los «otros» aniversarios eran pasto de sí mismos. La palabra *recordar* era una espada de Damocles suspendida sobre la conciencia, tan frágil como humana. Había fechas que, simplemente, volvían a la cabeza igual que un trueno, regresaban justo en el momento preciso para retumbar produciendo un efecto devastador.

Magda miró la ventana. La cortina, blanca y transparente, no se movía. Una nube vertical llena de ondulantes pliegues. Ningún ruido procedente de la calle. Las once y cinco de la mañana y parecía la hora punta de la tarde. Hacía ya calor, mucho calor. Cada año sucedía lo mismo, o peor: después de la verbena de San Juan, el verano irrumpía con

la fuerza de un infierno dispuesto a machacar la tierra. Y, según los expertos, iba a ser uno de los más calurosos.

La pausa había sido muy larga, excesiva.

—Ha pasado otro año. —Suspiró.

—Imagino que muy rápido.

—Demasiado.

—¿Recuerda lo que hablamos entonces?

Beatriz Puigdomènech no perdía el tiempo.

—Sí —reconoció Magda.

—¿Cree que ha cambiado algo?

Se miró las uñas. Tenía las manos bonitas y lo sabía. Por eso se las cuidaba mucho más que otras partes del cuerpo. Manos y pies de princesa. Armadura de guerrero.

Abollada, pero de guerrero al fin y al cabo.

—Pensé que me dolería más cuando fueran aniversarios concretos, como el décimo, ¿recuerda? Pero ya ve. El año pasado fue el duodécimo y tuve aquel inmenso bajón. Este es el decimotercero.

—Falta una semana.

—Pero es como un tren acercándose a la estación. Sabes que va a llegar y que se detendrá. Querría estar prevenida.

—Sigue siendo una mujer fuerte.

—También los grandes árboles se caen cuando el viento es huracanado.

—¿Tiene miedo?

—Un poco.

—¿De qué?

—De todo. Cualquier cosa me desarbola y me afecta. La llamé ayer para pedirle esta cita urgente porque vi una película y... bueno, ya sabe. De pronto...

—¿Qué película?

—*Días de vino y rosas*.

—La recuerdo.

—Es un clásico, sí, aunque yo no la había visto nunca porque es antigua.

—Pero va de dos alcohólicos.

—Va de muchas cosas, del amor, de tener y no tener, de la dependencia, de la renuncia... —Apretó las manos con fuerza—. Jack Lemmon bebe para socializar, incluso por su trabajo, y acaba haciendo que Lee Remick también lo haga, para no dejarle solo y compartir el momento. Terminan alcohólicos los dos, las pasan canutas y él logra salirse, pero ella ya no puede. Es la espiral de la degradación y la auto-destrucción. La última escena es desgarradora. Se quieren, pero ella le dice que sin una botella la vida no tiene sentido. No puede amarle sin beber y él no puede amarla bebiendo.

—¿Cómo lo asocia a su caso?

—Tenía que haber muerto yo en lugar de él.

—¿Todavía cree eso?

—Sí.

—¿Y lo piensa de verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo inicié aquella investigación. Yo era el Jack Lemmon de nuestra historia. Le convencí para que me ayudara, para que la siguiéramos juntos, le involucré en ella y, cuando tiré la toalla, él ya no pudo parar. Por eso le mataron. Yo me salí y Rafa, como Lee Remick, siguió con la botella, con el reportaje, aun sabiendo a lo que se arriesgaba.

—Usted no tiró la toalla.

—Tuve miedo por primera vez. Si eso no es tirar la toalla...

—¿No cree que con el paso de los años está distorsionando la historia poco a poco?

—No, no tengo esa impresión. Cierro los ojos y sigo viéndolo, como si hubiera sucedido ayer.

—Creía que habíamos superado la fase de la culpa.

—Supongo que es como un bumerán. Viendo la película, cuando Jack Lemmon arrasa el invernadero buscando esa botella escondida. No sé, creo que me vi a mí misma,

solo que en lugar de buscar una botella intentaba encontrarme a mí.

—Magda, usted se volcó en su trabajo no como redención, sino porque forma parte de su vida, porque nació para hacer lo que hace y porque sabe que eso le da un sentido a su existencia. Se lo daba antes y se lo da ahora.

—Mi trabajo es todo lo que tengo —reconoció con la mirada perdida.

—Tiene más cosas, aunque no sepa verlo o no se dé cuenta.

—¿Lee *Zona Interior*?

—Sí.

—¿Por mí?

—Porque la lee mucha gente que quiere saber qué está pasando. Y le diré algo: sus últimas investigaciones periódicas no parecen haber sido fáciles.

—Cada vez tengo menos miedo.

—¿Sigue sintiendo la tentación del abismo?

—Sí.

—¿Ideas suicidas?

—Ideas suicidas no, pero me lanzo de cabeza a la piscina sin hacerme preguntas, sin pensar en si habrá agua o no. Voy al límite. No me importa morir. Esa es la diferencia. He perdido toda cautela. De hecho, ya regresé así de Afganistán. Me di cuenta entonces, el día del atentado. Es como caminar bajo la lluvia sin mojarte.

—Lo último que he leído de usted ha tenido mucho impacto.

—Lo sé.

—Toda esa trama...

—Fue cosa de paciencia. Es indispensable en lo mío. Paciencia y olfato, nada más.

—No hay mucha gente que se dedique al periodismo de investigación.

—Porque no es fácil. Necesitas libertad para meterte en problemas. Si tienes ataduras...

—La última vez me contó que a veces discutía con la directora de la revista.

—Lógico.

—¿Por qué?

—Porque además de la directora es la dueña y las dos últimas demandas que le cayeron por mis reportajes las ganó por los pelos.

—Pero ella los publica.

—A veces me cuesta lo mío, aunque ella es una mujer valiente.

Beatriz Puigdomènech hizo un alto. Pasó algunas páginas del bloc. Grababa las sesiones, pero cada paciente tenía su propio archivo manual, escrito con las impresiones tomadas *in situ*. Magda dejó de mirar la ventana.

Aquella habitación, la consulta, la propia voz de la psiquiatra, siempre le proporcionaban un atisbo de paz.

La cordura de la reflexión.

«Vives, luego sigue».

¿Quién dijo aquello del compromiso de la vida, del deber de exprimirla hasta el final, hasta el último aliento, porque no había nada más?

Alguien feliz, seguro.

Inconscientemente feliz y optimista.

—¿Sigue teniendo relaciones sexuales peligrosas?

Era una pregunta esperada, pero le pilló un poco por sorpresa. Demoró la respuesta.

—Es importante abordarlo —le hizo ver la doctora Puigdomènech.

—A veces hablo demasiado. —Suspiró.

—Soy su psiquiatra.

—¿Sabe por qué vine a verla la primera vez?

—Me lo dijo: le encantó que un mafioso como Tony Soprano también lo hiciera, aunque se tratara de una serie de televisión.

—La vi por casualidad y me enganchó. Me la tragué entera en una semana. Me quedé fascinada. El tipo mataba

gente, le ponía los cuernos a su mujer, y luego se iba a ver a su doctora y le hablaba como si tal cosa. Tenía un trabajo estresante, eso era todo. Aquella ausencia de culpa...

—Más bien iba al psiquiatra por esa culpa que le recomía.

—Sí, pero salía de la consulta y como si nada, seguía con lo suyo. Eso me decidió a buscar ayuda y por eso la llamé. Pude haber ido a cualquier otro, pero la escogí a usted por puro instinto. Creo que fue por el nombre. Me pareció pomposo.

Eso la hizo reír. Pero no perdió el hilo de la conversación.

—Ese hombre con el que se acuesta...

—Néstor.

—¿Ha cambiado algo con respecto a él?

—No. Solo es sexo. No hay amor, sí necesidad. Ese es nuestro compromiso.

—¿Nunca han hablado de ir en serio?

—¿Con él? No. Sirve para lo que sirve. Es listo, un abogado de prestigio, algo *playboy*, me hace reír, le hago reír... ¿Para qué más? Cuando me llama, voy. Y cuando le llamo yo, viene.

—¿Néstor conoce su historia?

—Desde el comienzo. Al igual que Juan, mi amigo policía. Hay un antes y un después en mi vida. Antes era Rafa. Después han aparecido todos ellos.

—¿Sigue soñando?

—Mucho.

—¿Con él?

—A veces, aunque cada vez menos. Siempre que Rafa aparece en mis sueños es en plan bucólico: paseamos, estamos en una playa, vemos puestas de sol... Es todo muy dulce. Y me gusta, me deja un buen sabor de boca, aunque el despertar sea una burla, un choque emocional. En cambio, los sueños donde estoy yo sola siempre son angustiosos: pierdo aviones, pierdo maletas, doy vueltas sin encon-

trar la puerta de embarque, aterrizamos en lugares extrañísimos después de volar entre edificios o a ras de tierra...

—Tienen que ver con viajes.

—Casi siempre.

—¿Se ha preguntado por qué?

—No.

—Es como si quisiera estar siempre en otra parte, lejos, moverse sin parar.

—Me he quedado colgada en muchos aeropuertos y siempre mantengo la calma. Incluso las dos veces que he sufrido accidentes de vuelo.

—Una cosa es el dominio externo y otra muy distinta, lo que asimilan el cuerpo y la mente. Ahora que se acerca el aniversario, ¿no vuelve a verle muerto en sus sueños?

—Para eso no hace falta soñar. —Las palabras surgieron pesadas, cargadas de plomo—. Sigo viéndole en el suelo, muerto, con la sangre...

—¿Recuerda cuando hizo aquel test? —la detuvo la mujer.

—¿El de las mil preguntas? —Soltó un bufido—. Por Dios, me tuvo cuatro horas rellenándolo.

—¿Y qué le dije?

—Lo mismo que me ha dicho antes: que era una mujer fuerte, que sabía muy bien dónde estaba, qué me sucedía y, lo más importante, cómo solucionarlo. También me dijo que me atendería, pero que en el fondo no la necesitaba.

—Y está aquí.

—Sí, estoy aquí.

—¿Cree que me necesita?

—Sí.

—Y se niega a tomar nada.

—No me gustan los potingues.

—Ayudan. Sobre todo en momentos en los que es duro luchar.

—Se lo repito: no quiero nada químico en mi cuerpo. Vengo a verla para que hablemos, para liberarme... Supon-

go que también buscando un poco de paz, tranquilidad, no sé.

—¿Y lo consigo?

—Sí.

—Es bueno saberlo.

—Y le agradezco que me haya hecho un hueco en plena mañana.

—Sabe que siempre puede llamarme por una urgencia.

Magda asintió con la cabeza.

Beatriz Puigdomènech miró la hora.

—Vamos a examinar estas últimas semanas —dijo—. ¿Está trabajando en algo ahora mismo?

—Siempre tengo dos o tres temas en proceso. Investigar, buscar datos, unir las piezas del rompecabezas, es lo que más cuesta. Ahora, cuando salga de aquí, tengo una cita y, por el tono del mensaje, puede ser importante.

—La gente le cuenta cosas.

—Suele hacerlo.

La psiquiatra cruzó una pierna sobre otra y se estiró la falda. Tenía sesenta años pero aparentaba cincuenta y vestía como una mujer de treinta. Era atractiva.

Magda se preguntó por qué no sabía nada de ella.

—¿Por qué decidió ver *Días de vino y rosas*? ¿Alguien la animó? ¿Sabía de qué iba la historia? —la bombardeó Beatriz Puigdomènech.

2

El trayecto en moto desde el centro de Barcelona hasta Sant Just Desvern fue relativamente rápido. Lo malo era que iba inmersa en sus pensamientos y por dos veces estuvo a punto de liarla. Una, cuando no vio el acelerado transitar de una mujer en un paso cebra, que había irrumpido en él a la carrera tras salir de detrás de un contenedor. Logró eludirla de milagro y se llevó un buen grito de protesta. La segunda, cuando frenó de urgencia y la rueda delantera se detuvo a menos de un centímetro del automóvil que la precedía. Por suerte su maravillosa Honda NC750S era estupeña y tenía buenos frenos.

Cerró los ojos y trató de aislarse.

Ir a ver a la doctora Puigdomènech solía zarandear sus emociones. Entraba hecha un lío, a veces al límite, y salía del revés, con la necesidad de reordenarse a sí misma y asimilar lo hablado. Por supuesto, si no se abría allí, con ella. Así que acababa haciéndolo. Se abría y se enfrentaba a sus miedos y a sus fantasmas.

Ella, que tenía fama de ser una mujer fuerte y segura.

Un bloque de mármol o una puerta de acero, infranqueable.

Se detuvo justo al entrar en Sant Just Desvern por la N-340 para comprobar la dirección. Utilizó el móvil para revisar la distancia. Estaba cerca, aunque tenía que dar una vuelta. Retomó el camino y la moto se adentró por algunas calles vacías, con viviendas unifamiliares a ambos lados. Casitas menudas, cuidadas, con pequeños jardines y verjas de hierro añejas. Casi parecía mentira que tan cerca de Barce-